

**Miguel Ángel Tenreiro**

**Hombre solo**  
**(2021)**



# **Hombre solo**

(2021 - 2020)



## Hombre solo

**D**escansó durante el viaje. Tuvo su sueño recurrente: joven, centrando las miras con su ojo maestro y diciéndose *Solo los aparatos, solo los aparatos, un disparo una vida*. El aterrizaje, el aeropuerto, la autopista, nada que reconocer ni distinto que en cualquier lugar. Se encontró parado frente a la casa de su infancia en el chato barrio que fue de casas quintas medio siglo atrás. Sintió el hedor a meada seca. Cambió la valija de mano y golpeó fugazmente con los dedos la tráquea del pordiosero que lo amenazaba con un pico de botella. No miró. La vista engaña más que el oído, sabía, así que lo oyó caer en ahogo momentáneo y entró. Lunares de moho en las paredes, pintura descascarada. En el centro del comedor una cama matrimonial y a un costado varias cajas que había encargado. Salió a hacer las compras. Ni siquiera él podía vivir del aire.

Esperaba a que lo atendieran en la verdulería. Cajones apoyados contra la pared y latitas con plantas. Llegó una vieja. Él le miró los raspones y la vieja se estiró el saquito para taparlos.

—¿Se cayó?

La vieja hizo un mohín.

—Me empujaron unos ladrones. Sabe, yo conocí a los que levantaron su casa.

Él miró al cielo y suspiró.

—Mis abuelos, la conservé todos estos años.

Los interrumpió el verdulero. Él pidió dos bananas y dos naranjas.

—Anda pobre —dijo la vieja fingiendo lástima.

—Si llevo más, lo tiro.

—¿Usted no tenía un par de chicos?

—Ya no son chicos, se quedaron afuera.

—¿Y los nietos?

—Extraños —murmuró.

Entonces intervino el verdulero a los gritos:

—¿Y volviste al tercer mundo?

Él no lo escuchó, su atención se había fijado en una de las latitas con un cactus pequeño, redondo, brillante de tenaz vida espinosa.

Encontró un rollo de cinta aisladora y pegó a la pared un póster de un torero matando, y al lado el dibujo de una mariposa a mano alzada en tinta china. Se hizo un café con la justeza de quien prepara una pócima mágica. El televisor metía el ruido de un noticiero para que el barullo desafiara su atención. Lo atrajeron los gritos de una mujer.

Habían asaltado una estación de servicio asesinando a su dueño. La mujer bramaba que les habían robado montones de veces, que así no se podía vivir, que era un buen hombre hijos de puta. En su desesperación las palabras no le alcanzaban.

Él abrió la ventana, agarró el cactus del alféizar y lo regó escupiendo un poco de café. Lo sostuvo ante sus ojos y asintió.

No se saludaron ni se presentaron. Todos en el barrio actuaban como si ella fuera la única abogada del mundo. Él esperaba. Ella hacía girar el sillón estudiándolo.

—No sos del barrio.

—Me fui hace mucho, no soy de ningún lado.

—Yo solo salí del barrio para ir en cana. Estudié en la cárcel.

Él desvió la mirada a la única ventana y luego volvió a ella.

—Ajá. Ayer mataron un tipo en la estación de servicio cerca de la rotonda. Entiendo que la viuda ya no sabe qué hacer.

—¿Y entonces?

—Quiero hacerme cargo.

—Eso, es muy peligroso.

Él le sostuvo la mirada, ella achinó los ojos y se reclinó semblanteándolo.

—¿A qué te dedicás?

—Tiene que parecer legítima defensa. Si no te gusta...

—Conseguí varios fierros legales. Después de un enfrentamiento, tardan en devolverlos o los pierden.

—Necesito un auto.

—Si hay plata lo tenés hoy mismo.

Se miraron sin decir, trataban de leerse. Ella quiso hacerlo hablar.

—Me caen bien los justicieros.

—No explico ni justifico, pero en tu caso puede ser operativo: estoy atento y decido.

—Suena solitario.

—Nada es gratis —dijo levantándose—. Esta mujer, ¿entenderá?

—No creo que sea tonta.

Ya estaba afuera cuando ella le gritó:

—¡No vas a cambiar el mundo!

Él contestó sin darse vuelta:

—No me subestimes.

El papeleo se arregló rápido. Sacó la mercadería, el compresor y las cámaras de seguridad. Antes no le gustaba el olor de la nafta, pero eso había quedado atrás junto con montones de tonterías. Fue a una armería y se hizo traer todos los revólveres .357 de 3 pulgadas, examinando cada uno ritualmente: tentó el empuñe, encaró las miras, escuchó en

éxtasis la música del mecanismo, hizo girar el tambor, gatilló en doble y simple acción y examinó a la luz el interior del cañón y los alvéolos. En cada revólver metió un lápiz por la boca del cañón y lo hizo saltar accionando el disparador. Lo atajó en el aire y examinó la marca de la aguja percutora. Al terminar, apartó tres.

El vendedor le informó:

—No puede tener más de siete armas sin armero.

—¿Cuánta munición puedo llevar?

—Quinientas de cada calibre por año, señor.

Eligió cuatro cajas yanquis. Señaló una daga de comando y se quedó mirando lo que parecía ser una pila de camperas negras.

—¿Quiere ver un chaleco antibalas? —le preguntaron.

—No es mi estilo.

El empleado vivía cerca, conocía la zona y sus conflictos, por eso estaba nervioso.

—Sería mejor trabajar de día jefe, tener abierto de noche es suicida jefe.

—Reglas de la casa.

Entró un auto y él sacó unos auriculares del bolsillo y se los puso bien apretados. Bajaron los dos ocupantes empuñando sus armas a cara descubierta y fueron hacia la oficina. Apenas el empleado se tiró al piso, los dos delincuentes cayeron con un disparo cada uno. Mantuvo unos segundos la posición de tiro de combate empuñando con las dos manos y apuntando por señalamiento. Enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó en el bolsillo. El empleado gritaba apretándose los oídos.

—Trauma acústico —se dijo— es un .357 Magnum.

Todo estaba en regla y él muy tranquilo, así que no lo esposaron. Esperó un rato a la abogada en la comisaría. Al llegar se le sentó al lado.

—Ya entramos, hubiera sido mejor tener filmaciones, fue todo muy limpio.

Él asintió.

—Limpio y sin filmaciones —dijo ella, y se arrimó para hablarle al oído —pensé que no querías cámaras por si rematabas a alguno.

Él parecía meditar.

—La filmación, la fotografía, son formas de no estar.

—Yo hablaba de pruebas, escucháme, traté de no decir esas cosas delante del fiscal.

Él asintió.

Se había hecho de día cuando el fiscal lo dejó ir. Llegó a su casa, abrió uno de los cajones de la cómoda y sacó otro de los revólveres. Lo verificó, lo cargó, trabó en tambor, se sacó la funda vacía del cinturón, enfundó el revólver y dejó todo en un cajón de la cómoda con la precisión coreográfica digna del Colón. Agarró una bolsa y apenas salió, un rengo achacoso de canas amarillentas fue hacia él. Esperó desconfiado.

—Soy Pedro, vivo ahí —le dijo señalando enfrente.

—Pedro, no te había reconocido —y cuando Pedro iba a abrazarlo le tendió la mano.

—Mi vieja me comentó.

—Ah, ¿la asaltaron, no?

—Quedó asustada.

Se hizo un silencio incómodo hasta que Pedro dijo:

—Bueno, sigo camino.

No abrió la estación por un par de días. El empleado no había querido volver, así que tomó a un chico más relajado que no despegaba la vista del celular.

Entró una moto y se puso los auriculares. Llevaban cascos. El acompañante se bajó y abrazó al empleado apoyándole una pistola en la cabeza. Se escuchó un disparo y el chorro cayó. Él permaneció de perfil, en posición de tiro de precisión, con el brazo extendido y la mano de atrás en el bolsillo, como un espadachín de otros tiempos. El chorro que manejaba sacó un arma pero murió antes de encarar. Él permaneció inmóvil unos segundos, bajó lento el brazo, enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó.

Tampoco lo esposaron esta vez. La abogada ya lo esperaba sentada en el banco de la comisaría. Se lo sentaron al lado y los dejaron solos.

—Decime, una vieja a la que golpearon esconde sus heridas como si le diera, ¿vergüenza?

—De su indefensión —dijo ella, y se paró de perfil estirando el brazo con la otra mano en el bolsillo de atrás—. ¿Qué es esto?

Él no contestó.

—Tu empleado no para de imitarte, es un testigo, algo vamos a tener que decir.

Él evocó:

—Recuerdos, estética, lujo, arte.

Pedro rengueaba por enfrente con una bolsa. Él le hizo una seña y cruzó de un pique.

—¿Qué hacés che?

Pedro levantó la bolsa, él agregó:

—El otro día...

—Y, una vida sin vernos.

—Cuando tengas tiempo tomamos un café.

—Si querés vamos a casa.

—A tu casa no.

—Mejor, la vieja hoy está atacada con los espíritus familiares.

—Tu casa me hace acordar a cuando me obligaban a visitarte después de la polio.

—¡Tenías un cagazo! —estalló en carcajadas Pedro.

—Querías contagiarme hijo de puta.

—Hice lo que pude.

—Sentado en la cama con todos dándote vueltas alrededor como si fueras un rey.

—En la cama grande —dijo Pedro solemne.

—Y el tazón en el que preparabas tu potaje de galletas.

—Que nunca quisiste probar —completó Pedro riendo—, si tenés tiempo dejo la bolsa y nos encontramos en el kiosco. Tiene un par de mesitas.

Ya sentados se observaron en silencio hasta que Pedro dijo:

—Tuviste problemas en la estación de servicio.

—Solo los muertos no tienen problemas.

—¡Entonces estoy recontravivo! —se rió Pedro, y se sintió cada vez más incómodo, estudiado como un bicho. Se recompuso y razonó: —Demasiado tiempo, ¿no? Te veo bien, pero yo envejecí y vos te añejaste. Yo, ya ves... me rendí.

—Es al revés.

—Al revés, al revés. Da para pensar.

Él negó con un gesto y otra vez se quedaron sin nada que decir.

La abogada estaba en su estudio tratando de sacarse de encima a un indeseable.

—Ya no tomo penales, le voy a recomendar a un colega. —dijo escribiendo en el dorso de una tarjeta.

—Lástima boga, me la habían recomendado tanto.

—Soy la única en el barrio.

- Como conoce el paño del derecho y del revés pensé...
- ¿Qué?
- Estuvo en la cárcel, ¿no?
- Ah, es un verso que tiro de vez en cuando. Me da prestigio.

El hombre se fue con su búsqueda y ella se quedó tranquila. Ya de un vistazo sabía que a éste no le iba a sacar un peso. Apoyó las patas sobre el escritorio y prendió uno de sus infames cigarros. Gimió de placer cuando el veneno caliente le entró en los pulmones pensando en la posibilidad de que su execrable colega se ensartara.

El último empleado tampoco quiso volver. Fue fácil conseguir otro y tenía su tercer revólver. Se puso los auriculares y un auto entró como si se fuera a llevar todo por delante. El empleado se paralizó. Un chorro se bajó y corrió hacia la oficina. Él lo abatió en posición de combate y se mantuvo como una estatua. El conductor estaba gordo y bajó con torpeza. Se apoyó en el techo del auto con una escopeta que no llegó a disparar. Él había cambiado a tiro de precisión y se sostuvo por segundos eternos luego de que el delincuente cayera. Bajó el brazo, enfundó, se sacó los auriculares y los guardó.

Lo demás era rutina, así que se encontró junto a la abogada, sentado en el banco de la comisaría, los dos con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared.

- Se va poniendo espesa la cosa —dijo ella.
- ¿Tengo que buscar otro abogado?
- Todavía no.

Él la miró y volvió a la posición inicial.

—Cada uno de los tipos que maté nació inocente, pero llegaron el miedo, el deseo y la violencia. No le tiro al cartón, eso ya no existe.

El Oficial Principal le pidió a la abogada que se reunieran. No le quiso adelantar nada. Hablaron de bueyes perdidos hasta que el Principal, mesándose los bigotes, se refirió a su nuevo cliente. Normalmente la conversación no hubiera avanzado, pero había confianza entre ellos.

—Quieren dejarlo actuar, este tipo soluciona muchos problemas.

—¿Soluciona o elimina? —se le escapó a la abogada.

El Principal hizo una mueca de hartazgo.

—Da igual, él no lo sabe pero tiene mucha banca.

—¿Qué es mucha banca?

El Principal se mesó los bigotes varias veces.

—¿Un juez federal te parece poco?

Ella se inclinó hacia delante con un “quién” escapándosele al aire.

El principal miró hacia otro lado.

—El peor, el más hijo de puta.

*Entonces hay política de por medio* —pensó ella— *y guita y drogas.*

Cuando volvió a mirar al Principal, él la estudiaba.

—Hubiera sido mejor... —empezó, pero el Principal conocía la protesta.

—Al comisario lo fue a ver un secretario y bueno, ellos se manejan así.

Estuvieron callados hasta que el Principal se levantó. Antes de salir le dijo.

—Tené cuidado, che.

Iba a mesarse los bigotes pero se contuvo. Ya lo habían cargado por esa costumbre y ella

parecía esperar la oportunidad.

—Si algo aprendí, es a rajar a tiempo —dijo ella.

Se quedó caminando de pared a pared pitando como un escuerzo. Cuando sonó el timbre se acordó, abrió por el portero eléctrico y sacó dos bolsas transparentes de un cajón del escritorio. Cada una tenía un revólver y cuando él entró las levantó triunfal.

—¿Hicieron alguna pericia?

—No hizo falta. Firmá el recibo.

—¿Y entonces?

—Hay que hacerlo así. Firmá el recibo.

Él firmó e inspeccionó las armas sin sacarlas de las bolsas.

—Todavía tienen los residuos de los disparos.

Ella se encogió de hombros. Él no quitaba la vista de las armas.

Empleado nuevo. Dos hombres pasaron caminando. Él se puso los auriculares y los hombres se detuvieron en la esquina. Uno de ellos volvió y al entrar sacó una pistola. Él lo mató y sostuvo la posición de combate. Su compinche se alejó corriendo. Él salió y lo mató con un disparo de precisión. Bajó el brazo, enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó. El empleado se quedó acurrucado en un rincón hasta que llegó la policía.

Esta vez lo llevaron esposado. La abogada lo esperaba sentada en el banco de siempre. Le sacaron las esposas y lo sentaron junto a ella.

—Podríamos pedir que nos armen una piecita acá.

Él se quedó impasible.

—No me vas a festejar un chiste hijo de puta.

Él permaneció impasible, pero con esfuerzo.

—No los estás castigando.

—Me vas conociendo.

—¿Les hacés un favor?

Por un rato pareció que él no iba a contestar.

—Les doy un privilegio.

Durante varios días no pudo abrir la estación por falta de empleado. Cerró con conos el acceso al surtidor para las entrevistas. Entró una chica.

—Es para un playero —le dijo cortante.

Ella asintió vehemente.

—El trabajo es para un hombre.

—¡Necesito trabajar!

—Trabajamos de noche.

—¡Necesito trabajar!

Esa noche, ella lo vio dejando restos de comida en un rincón oscuro. Escuchó a las ratas y con cara de asco le preguntó con un gesto.

—Si tuvieran la cola peluda y los ojos menos saltones serían nuestras mascotas o nuestra comida. Qué quieto está todo.

Ella le hizo señas de quiqui con los dedos, pero le tuvo que explicar que nadie se iba a arrimar después de tantos tiroteos. Él cambió de tema y le contó que mañana venía el camión cisterna. Le preguntó si sabía qué hacer.

—Rutina. Se sacan de servicio los surtidores, se abren las tapas de los tanques, se hace la medición de combustible y se descarga dejando el veinte por ciento del tanque vacío.

—Qué fastidio.

—Es un ratito.

—No me conocen y quieren efectivo.

—Está todo muy tranquilo —dijo ella conteniendo una sonrisa.

Le costaba mantener la atención en la habitación ruinoso, plena de recuerdos acechantes. Intentó leer siguiendo los renglones con la daga. Cansado, dejó el libro y deambuló. No quería hacerse preguntas. Se detuvo ante el póster y fue hacia el toro hasta tocarlo con la daga. Luego hacia atrás vigilando. Miró al cactus en la ventana y lo entró. Se lo acercó a los ojos. Lo dejó en la mesa junto a la daga y fue a hacer café. Estaba en uno de los momentos más difíciles de su guerra personal, sin desafíos.

Por eso a pesar de su disciplina el pasado lo alcanzó. Mucha guita, CEO de una multinacional. Para la mayoría eso era triunfar. Hablaba un inglés fluido pero aprendido, y cuando los chicos entraron en la adolescencia les daba vergüenza su acento. Ellos hasta pensaban en inglés. Además, había sido un padre ausente. Una vez logró captar su atención contándoles que de joven había sido tirador de precisión, que había tenido que leer “El Zen en el tiro con arco”, que había arreglado la cacha de la pistola para que se amoldara a su mano, que tenía que esperar a que el disparo “saliera solo” y que no había que querer nada, menos que menos hacer un centro. Que entremedio de los disparos atronaba el silencio, que se buscaba la perfección en una sucesión infinita de pequeñas acciones, y que el resultado era algo que aparecía.

Sus hijos ya no lo necesitaban. No lo iban a extrañar. Le quedaba colaborar con el infinito proceso para recuperar lo que no está en la memoria. No se podía decir pero el cuerpo lo sabía y ya no quería postergarlo.

El guardia golpeó la reja y gritó:

—¡Che, Calito!

Buscó algo en una carpeta y siguió:

—Parece que mataron a tu hermano. Una semana en la morgue sin identificar, ¿es éste?

Desde la oscuridad se arrimó un joven con mirada de viejo y asintió.

El guardia se rió.

—Después de lo que hiciste no te iban a dejar ir al entierro. Igual ya salís, lo visitás pronto.

—Ya no está ahí.

—Vos también tendrías que estar muerto hijo de puta.

—Primero arreglo unos asuntos, cobani de mierda —susurró Calito.

El guardia amagó una respuesta que no fue.

En la oscuridad de la celda se adivinaba a Calito acostado por la brasa del pucho. Rondaba un guardia de su edad que se apoyó contras los barrotes y murmuró:

—Che guacho, ¿qué le dijiste al jefe? Se quedó mal.

—Con qué poco se asusta ese forro.

—No te vayas a creer. En el último motín lo tomaron de rehén, lo cagaron a palos, se lo culearon y está en su puesto.

Sin verse se sabían sonriendo. Calito suspiró.

—¿Qué se dice en el barrio?

—Todos hablan del tipo ese, el de la estación de servicio.

—Lástima mi hermanito. No tuve tiempo de enseñarle.

—Si estuviera Julio...

—No, mejor que lo bajaron. Era demasiado jodido. Lo poco que sé me lo enseñó él, pero es un alivio no volver a verle la jeta.

—Le tenían un miedo.

—¿Tenían? —dijo Calito sentándose, y siguió—. Él era el miedo de todos. Te miraba torciendo la cabeza y te cagabas encima. Se portó bien con nosotros. La vieja se había ido y el viejo cayó en un choreo de batalla campal. Julio nos cuidó, nunca nos faltó. Me enseñó a tirar. En el primer disparo que hice cerré los ojos y me puso una piña acá— Calito se tocó la ceja—, chorreando sangre tuve que vaciar el cargador, pero aprendí. Cuando ya tiraba bien, le sacó las miras a mi pistola y me mostró que pegaba más rápido. ¿Te acordás cómo hablaba? Al terminar cada frase apretaba los dientes y los mostraba como un perro furioso. A veces le salía un gruñido grave desde dentro del pecho. “No sos un putito de polígono. Es a matar”. Qué fiero que era el hijo de puta. No puedo creer hayan matado a Julio.

—No paraban de llegar policías y se plantó.

—Y ahora el pendejo. Si hubiera estado con él.

—Si hubiera hecho esto, si hubiera hecho lo otro. No cambia nada.

—¿No me estarás analizando, turro?

—Algo estoy leyendo. Le quiero arrimar el bochín a la psicóloga, pero no me da un tranco de pollo. Por ahí le mando tu historia.

—Hay un cuentito, de un lobo hecho mierda que se encuentra con un perro lustroso y gordo...

—Metéte el cuentito en el culo, boludo.

Contuvieron la risa como si no tuvieran derecho.

—A mí no me vuelven a enjaular.

—Vas a durar poco.

—En una semana suelto disfruto más que vos en diez años.

—Bueno, cada uno vive como puede.

Calito asintió con la mirada lejos.

En la estación de servicio la empleada, que había estado buscando a lo lejos, se escondió tras la columna externa. Él se puso los auriculares y se escudó tras la columna interna revólver en mano. Llegó un auto con cuatro encapuchados con chalecos antibala. Estacionaron con cuidado y bajaron tres hacia la oficina con sus pistolas. El cuarto se quedó afuera con un FAL.

Los dos que entraron primero cayeron atontados con un impacto en el chaleco cada uno. El tercero llegó a dispararle varias veces. Él asomaba media cara tras la columna. Le pegaron algunos fragmentos de mampostería pero no les prestó atención y le puso un tiro en la cabeza. Hizo lo mismo con los que intentaban recuperarse y el chorro de afuera cortó la oficina a ráfagas. Se tiró al piso y le puso un tiro en la cara. Estuvo quieto unos instantes, se incorporó, enfundó el revólver, guardó los auriculares y se sacudió la ropa. Miró alrededor. La estación parecía una fábrica de morcillas. Pronto se llenó de patrulleros y policías innecesarios. Le preguntaron antes de llevárselo:

—Eran grosos, ¿había mucha guita?

Él contestó a los gritos, para que lo oyera la empleada:

—Casi nada, se deben haber equivocado.  
Y la empleada se mordió los labios.

Sentados en el banco, él y su abogada esperaban. Ella se fingía preocupada.

—Esta vez fue distinto, así se puede complicar, ¿no tenés nada que decir?

—A veces te hablo por cortesía.

Ella se rió.

—Ah bueno, decíme, la empleada...

—La traición no existe.

—Pero es mejor no explicarlo. Por lo menos voy entendiendo que no voy a entender.

—Entendés, aceptarlo es otra cosa.

—Parece que uno de los delincuentes era policía —dijo ella — pero él no contestó y ella siguió:

—Son todos la misma mierda, ¿no?

Él no rompió el silencio. Lo agotaban las preguntas.

Había quedado descentrado desde que estuvo con la abogada temprano. Ella le había recuperado un revólver y al entregárselo lo dejó con la mano en el aire como sortija de calesita.

—¿No querés que te lo limpie primero?

—No seas boluda.

Ella había soltado una brutal carcajada, pero lo que le preocupaba era que su respuesta había sido una reacción de la mente y desde entonces oscilaba del pensamiento al silencio con más frecuencia. Era un retroceso y en su situación era peligroso. De haber mantenido la atención, hubiera sabido que a menos de una cuadra lo vigilaban desde un auto. Calito miraba con binoculares.

—¿Seguro que es ése?

—Sí, ya se cargó como diez perejiles —confirmó uno de sus laderos.

Calito asintió sin bajar los binoculares.

—Pero uno era mi hermanito.

—¿Vamo Calito?

Calito lo miró fastidiado y volvió a los binoculares.

—No me alcanza con ponerlo de una.

Sus laderos se interrogaron con gestos.

Sórdidas penumbras de celofanes azules y rojos. Le aconsejaron hablar con Cuca. Calzas, pelirroja teñida, cicatriz en la boca, el celular en la mano y el cansancio del mundo encima, se sentó sin pedir permiso.

—Cuca —dijo Calito, sacando un sobrecito.

Ella asintió y dijo:

—Calito.

Él se fastidió.

—Carlos.

Cuca se hizo la sorprendida y engrosó la voz.

—Ah, me dijeron “ahí te busca Calito”.

—Carlos carajo.

—Qué apellido —lo boludeó— habló Calito.

Calito metió la nariz en el paquetito, jaló y le ofreció a Cuca que negó. Disfrutó por segundos interminables antes de volver a hablarle.

—¿Perfume importado?

Cuca se encogió de hombros, ladeó la cabeza y esperó.

—Te tengo un encargo, hay mucha guita.

Cuca dio un respingo y se inclinó hacia delante.

—Tenés que hacerle la noviecita a un viejo, vive solo.

Cuca frunció la nariz.

—Busco información pero no le preguntes nada. Hablás tonte-rías, escuchás y mirás.

—¿Es todo, Calito?

—Si te pido algo más, va a ser fácil.

—¿No será peligroso, no?

Calito negó con la cabeza.

—¿Y si quiere coger?

—No es muy feo, tampoco es tan viejo.

Cuca asintió.

La Negra corría chistando. Cuando Cuca se detuvo a esperar que el semáforo cortara, la negra la alcanzó.

—¡Hey, no das bola!

—¡Negra! Pensé que era algún pelotudo y ya estoy fuera de servi-cio.

Siguieron caminando juntas.

—Te vi con ese Calito. Tené cuidado, es gatillo.

—Ya sé, pero no es violento.

—¡No me jodas!

—Se caga a tiros pero no pierde el control. Mirá que lo chuocé.

La Negra levantó las cejas. Cuca se reía.

—Te vi cambiando el canal porno por un programa de chismes.

—Cuando no hay nadie aprovecho.

—Son una mierda.

—Los miro para enojarme.

—¿Quééé?

—Y a esa rubia, no sabés cómo la odio.

—¿Y para qué la ves?

—Ya te dije, para enojarme —y siguió— una vez dijo que no enten-día cómo una mujer podía venderse y desde entonces... mirá, vivimos entre mierdas pero cuando me juzgan desde la ventaja me pongo loca.

—No te des máquina.

—Yo la querría ver a esa cheta amontonada en una choza, cogida por el padraastro de turno, después por tus hermanos, después se enteran los vecinos y también quieren.

—Ya sé, ya sé. Le cobrás a un extraño y vivís mejor.

—¡Si son más putas que nosotras! Y esa forra —siguió la Negra con rencor— rompiendo las bolas con que no hay que morfar animales y tiene como veinte perros, ¿con qué se cree que hacen el balanceado?

Cuca se rió.

—Los tendrá de sponsors, ¿se dice así, no?

La Negra bufaba. Cuando llegaron a la esquina donde se separaban, la Negra insistió:

—En serio che, tené cuidado con ése.

—No pasa nada. Le averiguo algunas cosas nomás.

Cuando la Negra estaba a media cuadra Cuca le gritó:

—¡Gracias!

La Negra levantó una mano sin darse vuelta y Cuca se quedó sonriéndole a la silueta que se achicaba.

La estación tenía un nuevo empleado, bobo de pelo engrasado y el olor de los que para no bañarse se tiran un frasco de colonia barata encima. Cada tanto largaba una risa que parecía una gárgara de mocos. Él lo tomó como un desafío más. El empleado vio llegar a Cuca y soltó una de sus risas. Ella entró con un bolso y una bicicleta.

—¿Me controlás las gomas?

Él vigilaba el entorno.

—No tenemos compresor.

—¡Que no qué!

El bobo se sobresaltó, se le cayó el celular y ya no levantó la vista de los pedazos.

Él no se inmutó.

—Cargamos nafta nada más.

—¿Y si quiero aceite, y si quiero...

—Refrigerante, líquido de frenos.

—¿Refrigerante, líquido de frenos, y si quiero un helado?

Él negó con la cabeza buscando más allá.

—¿Esperás a alguien?

—Ya no —dijo prestándole atención por primera vez.

—No van a venir de caño, son muy cagones.

—Eso ya lo escuché varias veces.

—Yo no te tengo miedo.

—Estamos por cerrar.

—Si tenés auto me podés llevar a casa.

—¿Dónde vivís?

—Dije a casa.

Él asintió.

Cogían iluminados por el televisor. Cuca miraba por sobre el hombro de él haciendo zapping. Tirados a un costado, el bolso y la bicicleta.

—¡Vamos terminandooo!

Él ralentizó.

—¿Otra vez vas a parar?

—Tardo mucho en recuperarme —jadeó.

—Vamos querido, no vas a terminar nunca. ¡Hey, te hablo a vos!

—Estaría toda la vida dándote pendeja.

—¡Dejáte de joder!

Pero su enojo se hizo extrañeza, luego fastidio. Se le venía el placer.

Él estaba desmayado y ella hacía zapping pensando *Te la estás llevando de arriba viejo choto*. Se sorprendió por algo que pasaba en la tele, pero hablaban en inglés. Lo zamarreó —¿Qué dijo, qué dijo?

Él no reaccionaba.

—¡Que qué están diciendo, la puta madre! —gritó enfurecida.

El habló medio dormido.

—When I dead I wanna Be cremated.

—¿Queeee?

—¿No sabés leer?

—Van muy rápido los cartelitos.

—Boludeces, como en castellano, solo dicen boludeces.

Ella se le sentó encima.

—¿Vos no sabés reírte?

—Sé soportar el dolor y soportar el placer.

—Yo prefiero la guita y comprarme cosas, eso.

Él la acarició.

Calito fumaba apoyado en la pared. Por la vereda venía Pedro.

—¿Qué tal don Pedro?

—¡Te largaron Calito!

—Sí, ya está, ahora soy un santo.

Cuando pararon de reír Calito preguntó:

—Usted lo conoce al tipo este de la estación de servicio, ¿no?

—Jugábamos de chicos, ¿por?

—Ofrece trabajo.

—Me lo crucé hace unos días, apenas nos saludamos, fue como si... bueno, me tengo que ir.

—Espere, ¿qué iba a decir?

—Nada, cosas de viejos.

—En serio, me interesa mucho don Pedro.

—Fue como si estuviera muerto —dijo, y se quedó ido. Calito lo palmeó hasta que le volvió la sonrisa.

Cuca vigilaba con la puerta entreabierta. Entró Calito.

—No hay nadie y no va a venir nadie —informó Cuca ansiosa— ni siquiera tiene celu, ¡pero lleva auriculares! —señaló la entrada de un pasillo— por allá hay 3 piezas vacías, vive acá —hizo círculos con las manos— la cocina está ahí. Y tiene un cactus chiquitito, chiquitito. Me parece que se comunican con el pensamiento.

Empezó a reír hasta la histeria y Calito tuvo que esperar.

—No creo que se lo esté garchando.

Y Calito volvió a esperar a que Cuca agotara su risa —¿Armas?

—Solo vi la que lleva. La revisa cada vez que la toca. No miré en los cajones.

—No revises, se va a dar cuenta —dijo Calito, y pensó *No le saco la ficha a este hijo de puta.*

—El caño que lleva —le dijo a Cuca sacando dos armas— ¿es así, con cargador acá, o así con este cilindro?

Cuca lo miró enojada.

—Es un revólver, ¿ta?

Calito sonrió y guardó la pistola.

—Cuando se esté bañando revisás el revólver pero antes de tocarlo te fijás, para dejarlo exactamente igual. Esto es muy pero muy importante.

Entonces le mostró:

—Con el cañón hacia abajo y el dedo siempre, siempre, pero siempre fuera del gatillo, volcás el tambor así. Después empujás acá para que asomen las balas. Sacás una, esta parte es la vaina, ¿ves?, y te fijás si es dorada o plateada. Te fijás también cómo es la punta. Esta parte es el culote...

—Eso es un culito —rió Cuca.

Calito le dio la bala.

—El culote tiene marcas, tenés que leerlas.

Cuca resopló.

—Vaina dorada, plomo desnudo, en el culito hay un 3, un 8, un espacio, una S, una P y una L; del otro lado una F, una L y una B larga.

—Hay muchas variantes. Después dejás todo como estaba. Para eso antes de tocar algo te tenés que haber fijado.

—Ta.

—Me va la vida.

—Ta.

—Si sale mal, no va a haber quién te pague.

—¡Ta, ta, taaaa!

Él leía. Llegó Cuca de la cocina haciendo malabarismos con una pava, el mate, una taza de café y entre los dientes el celular. En un esfuerzo de concentración y equilibrio llegó a la mesa, distribuyó las cosas, se sentó y se cebó un mate.

—Ni galletitas, ni factura, ni un cacho de pan viejo tenés.

Él preguntó sin levantar la vista.

—Si te dejo plata, ¿te encargás?

Cuca asintió.

—¿Qué leés?

Él le leyó en voz alta *Vanas palabras de sabiduría*.

—¿Y eso?

—Eso es grandioso.

Y cerrando los ojos recitó *Aquel cuya inteligencia no esté enredada, no está atado por sus acciones aunque mate hombres en este mundo*.

Cuca bufó aburrida.

—Che, no soy curiosa, pero ¿a qué te dedicás?

—Vamos, no revisaste los cajones, no tocaste la billetera, ni siquiera abriste el botiquín del baño. Imposible.

—Tuve la intuición de que no correspondía.

—Inventá algo lindo.

Ella lo señaló divertida.

—Vos sos un intelectualoide.

—Qué es eso.

—Alguien que estudió mucho pero no le sirve para nada y cuando puede se hace el importante.

Miró el dibujo de la mariposa y lo interrogó cogoteando.

—Representa la transformación...

—El embole, representa el embole.

—¿Sabés bailar?

Cuca se entusiasmó.

—No pero me encanta, ¿querés bailar?

—Quiero que me bailes.

Apurada prendió la radio, buscó música rítmica y se puso a bailar con entusiasmo. Él la miraba tomando el café.

—Esto es mucho mejor que hablar.

—Para vos que no hacés nada —jadeó ella.

Entonces él buscó música lenta y la guió para bailar pegados, con movimientos mínimos.

Cuca espía por la puerta entreabierta hasta que entró Calito.

—¿Recibiste el mensaje?

Calito asintió y le dio una bolsita.

—Seis balas, ¿son iguales?

—Idénticas.

—Mañana, antes de que se vaya le tenés que cambiar las balas. Si no me llamás lo doy por hecho.

—¿Para qué hacemos esto?

—Es munición inerte, no se dispara.

—¿Lo vas a bardear antes de matarlo?

—¿Algún problema?

—Mientras me pagues.

Calito se puso muy serio.

—Es muy importante...

—Sí, sí, que deje todo tal cual. Te digo más, cuando le saque las balas al revólver las escuendo y recién ahí abro la bolsita, porque si se mezclan no vas a poder garparme.

Calito se distendió.

—Si no me llamás...

—¡Dalo por hecho! Escucháme —siguió Cuca— no te enojés che, pero me tendrías que tirar unos mangos más.

Calito la miró feo y Cuca protestó.

—¡Me está recontra cogiendo!

Él escupió café en el cactus y se quedó mirándolo un buen rato. Lo puso con delicadeza en la ventana, abrió uno de los cajones de la cómoda, sacó el revólver enfundado y se lo puso en la cintura. Se puso una campera y desenfundó el revólver, pero al verificarlo notó que el tambor no estaba trabado. Saludó a Cuca y se fue. En un baldío de camino a la estación de servicio, se tapó el oído derecho con la mano izquierda y gatilló hacia la tierra. Se escuchó un click metálico. Se dejó de tapar el oído y gatilló 5 veces más sin que saliera una bala.

En la casa, la música estaba a todo lo que daba. Cuca bailaba con desenfreno. Él entró y disfrutó observándola, pero ella no lo registraba y le dio un chirlo cuando le pasó cerca.

—¡A mí no me pega nadie! —gritó.

Él apagó la música y sacó el revólver. Cuca se quedó inmóvil como si eso la hiciera invisible.

—Ojalá hubieras tardado más —dijo volcando las municiones inertes al piso. Cargó el revólver, agarró el celular de Cuca y se fue sin que ella se atreviera a mover ni los ojos.

Esperaba en la oficina con los auriculares puestos y el revólver empuñado bajo el mostrador. El bobo estaba apoyado contra el surtidor,

hipnotizado por su nuevo celular. Calito entró con sus laderos y se le paró enfrente limpiándose los restos de coca de la nariz —¡Por fin nos encontramos! Te cargaste a mi hermanito, ¿sabés?

Él se quedó impávido. Calito empezó a sacar su arma simulando torpeza y enganchándola en la ropa. Sus laderos reían y el bobo también. Él hizo 3 disparos que sonaron juntos. Los laderos cayeron sin enterarse de lo que había pasado. Calito se desmoronó por etapas. Con la vista perdida y un gesto de sorpresa quedó tendido de espaldas. Él enfundó el revólver, se sacó los auriculares y los guardó. Caminó hasta los laderos, sacó una bolsa que usó como guante y desenfundó sus armas. Guardó la bolsa y fue hasta el cuerpo de Calito, le enderezó la cara con el pie y le hizo un gesto de respeto. Se escuchó la risa mucosa y la sirena de los patrulleros acercándose.

No declaró y se encontró sentado en el banco de la comisaría junto a la abogada. Ella parecía mimetizarse con él y había apoyado la cabeza contra la pared cerrando los ojos.

—¿Trampa?

—Trampa.

—¿Te madrugaron?

—Casi, casi. Me mandaron una pendeja.

Ella se tomó su tiempo.

—Algunas pendejas son irresistibles.

—Sí, claro que sí.

Ella repitió:

—Sí, claro que sí.

Y se miraron para asentir.

Él volvió a cerrar los ojos y le dijo que no quería disolverse en el infinito, que la muerte lo tenía que encontrar alerta, y después de un rato agregó:

—Pero pueden pasar tantas cosas.

Ella lo peinó con los dedos. Él no quiso darse cuenta.

Lo largaron rápido. Todos los muertos eran pesados. En la casa encontró un revoltijo. No estaban ni el bolso ni la bicicleta de Cuca. La TV rota, con un palo de escoba atravesando la pantalla a modo de lanza. La ventana abierta y la ausencia del cactus. Los cajones de la cómoda colgando y la ropa desparramada. Levantó del piso un revólver, lo cargó, se sacó la funda vacía del cinturón, lo enfundó y lo dejó sobre la mesa. Sacó del bolsillo sus auriculares y el celular de Cuca y los dejó sobre la mesa. Levantó del piso una bombacha, se deleitó con su aroma y la depositó sobre el revólver.

Esa noche, él estaba a la entrada de la oficina y el bobo en el mostrador. Otro hombre hubiera estado en su peor momento: perdida Cuca y con un imbécil convertido en su más ferviente admirador. El bobo ya no jugaba con el teléfono. Se dedicaba a observar cada uno de sus movimientos y a festejar con su risa repugnante cada frase que le arrancaba. Se quejó de que no venía nadie.

—¿Querés que me vaya?

El bobo no solo soltó su risa sino que la acompañó pisoteando.

—Hace una semana que no viene nadie —volvió a quejarse, y se quedó mirándolo como si a él correspondiera hacer o decir una genialidad. No quería contestar pero el imbécil no desviaba la mirada: —Mejor para vos, yo te pago igual.

Y tuvo que soportar la risa mucosa y los pisotones.

No lo sorprendió la entrada del rubiecito. Era distinto a los otros chorros, venía empujado por una desesperación ciega. Se le fue encima y le apoyó en la cabeza una pistola susurrando —¡La plata, la plata!

Él trató de hacer contacto visual y encontró ojos que no miraban. El rubiecito gritó —¡La plata o te mato hijo de puta!

Él le manoteó el arma y forcejearon. Se sintió un ruido seco y el rubiecito cayó con el cráneo destrozado. Su empleado, que

todavía sostenía el matafuego en alto, gargageó su risa y le preguntó:

—¿Por qué no le tiró?

Pero la expresión de él lo hizo apartarse. Se agachó junto al cadáver sin prestar atención al espeso charco que se expandía y lo palmeó.

Esta vez se llevaron esposado al empleado. Los policías le preguntaron si era verdad que ese boludo le había salvado la vida.

—Es Rin Tin Tin —les dijo.

Los policías le preguntaron qué era eso y él los mandó a googlear.

Apenas entró al estudio la abogada empezó a gritar imitando a un crupier.

—¡No va maaas!

Él esperó.

—Se cerró el ciclo, pibe.

Él esperó. Ella le dijo que había reconocido al último chorro y que por eso no había reaccionado. Él esperó. Ella le dijo, que era el que había matado al dueño de la estación de servicio. Él esperó. Ella agregó que había salido en las grabaciones que la tele había pasado hasta el hartazgo. Él negó con la cabeza, y ella le dijo que igual todo había terminado, que había llamado mucho la atención y que ella estaba afuera. E insistió:

—Te hizo acordar a...

—Calláte.

—No te hagás el rudo.

—¿Alguna vez atropellaste a un perro en la ruta? Tratás de evitarlo y es peor.

Cuca lo esperaba en la puerta, con su bolso en el suelo y la bici contra la pared. Llegando le hizo un gesto de interrogación con la cabeza, que ella respondió de igual manera. Y así varias veces hasta que estuvieron juntos. Ampulosa le explicó que estaba en banda, que se le había caído un negocio importante.

—Le puede pasar a cualquiera —dijo él.

Ella le explicó que había ventajas y que no iba a durar mucho porque él era muy viejo. Y mientras él abría la puerta ella le preguntó por el último muerto, el rubiecito. Él cambió de tema y le preguntó por el cactus. Ella le dijo que lo había revoleado para que no tuviera ni a quien invitarle un café y entró a la casa. Él, desde afuera le reclamó por el televisor. Ella desde adentro le reclamó por el celu. Él le reclamó por seis balas y ella le reclamó por el chirlo.

Una moto picó arando en su dirección. Dos hombres con casco. Pasajero con pistola. Él se alejó de la puerta y tocó su revólver en la funda pero lo dejó. Al pasarle por delante, el pasajero le hizo una venia con la pistola. Desde enfrente Pedro le gritó:

—¡Esos guachos son del barrio!

Él se dijo *Ahora yo también*, y desde adentro le llegó el grito de Cuca.

—¡Entrá, entrá si sos macho!

Se veía su silueta en la penumbra, desnuda y con tacos. Él sintió que perdía el tiempo y entró con la bici.

Descansaban en la cama. Se filtraba luz vieja por la ventana. Ella le dijo que se sentía culpable, y él que la trampa había sido espléndida. Ella le dijo que era por el cactus y él que no importaba.

—Parecías muy encariñado, ¿ése cactus de mierda tenía nombre?

Él tuvo que esforzarse para no sonreír. Ella insistió y él dijo:

—A veces la muerte y la destrucción producen cosas buenas. ¿Cuántos cactus han tenido el privilegio de morir a manos de alguien como vos?

Le señaló el póster de la lidia de toros y ella dijo con desprecio:

—Hacen mierda un bicho para divertirse.

—Tratan de matarse. En vez de ir al matadero en un camión, el toro pelea con alguien que le ofrece respeto y lealtad.

—Para los tipos que mataste eras el torero —él le dedicó su atención y ella siguió: —¿y el que no quisiste matar?

—No me merecía.

—Sos el torero para algunos y para otros...

—No lo digas Cuca, no lo digas que se arruina.

La abogada le dijo que no le devolvían el último revólver. Él no le dio importancia y le tendió un cheque que ella tiró en un cajón del escritorio. Lo acompañó hasta la puerta pero a último momento lo retuvo del brazo y le dijo que estaba pasando algo muy jodido, que muchos se habían hecho los distraídos por orden de un juez que protegía narcos. Él le restó importancia con un gesto. Ella le contó que al juez lo acusaban de haber tramado la eliminación ilegal de delincuentes para favorecer a sus apoyos políticos y que para lavar su imagen lo había condenado. Él asintió satisfecho y le dijo que tenía el número de documento de Cuca y que quería dejarle la casa.

—¿Volvió la pendeja? —se asombró la abogada, y le pidió que se quedara rato más para firmarle un poder. Pensaba que no iba a llegar muy lejos. Cuando él quiso pagarle, ella le dijo que era por amistad. Se despidieron con el abrazo que se debían.

Se despertó sobresaltado. Había soñado con una corrida de toros y el dolor lo despertó. Se buscó la herida tras el cuello y vio a Cuca durmiendo a su lado. Se vistió, puso el revólver y la daga sobre la mesa y esperó vigilando. Un par de horas después, despertó a Cuca y la mandó por el pasillo hacia el fondo. Con el revólver y la daga, se escondió tras la puerta. Una frenada, un escopetazo en la cerradura y entraron tres tipos. Al que entró último lo ensartó con la daga por la espalda y lo usó como escudo para dispararle a los otros. El que se había quedado afuera esperó un ratito eterno, vació la escopeta contra la entrada

y huyó en el auto. Él salió y le hizo un tiro de precisión. Se asombró, y volvió a disparar. Segundos después se escuchó un estruendo. Vio a Cuca a la entrada del pasillo envuelta en una manta: —¿Tenés donde nos podamos esconder unas horas?

Ella asintió.

Era media mañana. Verificó su revólver y lo enfundó. Cuca estaba petrificada, con los brazos cruzados mirando al piso. Le dio una tarjeta y le pidió que no saliera por un par de días y que después fuera a ver a su abogada.

—Tiene algo para vos —fue lo último que le dijo. Dudó entre darle un beso o abrazarla. Y se fue.

Los tres custodias esperaban en una antesala cuando el oficial recibió un mensaje.

—Ya sale —dijo ajustándose el chaleco antibalas. Sus hombres apuraron los mates. —Después se andan meando —los retó.

Salieron y lo vieron venir a él. El oficial metió al Juez en el edificio y los custodias lo cruzaron. Él les puso un impacto a cada uno en el centro de los chalecos. El oficial salió y le disparó desde atrás. Él se tambaleó, se recompuso y le impactó el chaleco. El oficial se paró desarmado. Él lo empujó al suelo, le apuntó a la cabeza y se miraron. Él se fue a su auto, subió y se puso el revólver bajo el muslo. Miró a los custodias, todos de pie, uno de ellos meado. Ninguno levantaba el arma. Quiso tocarse la herida en la espalda y encontró un borbotón de dolor. Se alejó manejando despacio, tranquilo.

Soñó su sueño de siempre: él en su juventud apuntando con su pistola de competición y repitiéndose *Sólo los aparatos, sólo los aparatos, un disparo una vida*. Despertó sentado en el coche, en el baldío en el que había probado la munición inerte. Imaginó a Cuca espiando por la ventana y fumando un cigarrillo tras otro. Imaginó que en algún

momento encontraría el dibujo de la mariposa en su bolso. Y que también la abogada fumaría interminablemente, pero con las patas arriba del escritorio, en penumbras, para que ni la luz pudiera verla llorar. Y que los policías, los sicarios y los buchones lo estarían buscando, todos para el poder, todos tras un final que era solo suyo.

Una mariposa revoloteó frente al parabrisas y se rió por primera vez en muchísimo tiempo. Y al dejar de respirar, cientos de mariposas rodearon el auto como si supieran algo que nadie más sabía.

Se sorprendió la abogada de que Cuca viniera tan pronto. Cuca le contó que lo habían encontrado dentro de su auto y que en el barrio decían que había muerto sonriendo. La abogada se quedó unos momentos ensimismada, y dijo:

—No me extraña. Te dejó la casa.

—¡Esa casa es una mierda!

La abogada le explicó que el terreno valía más de cien mil dólares y tuvo que presenciar un festejo futbolero interminable. Después del griterío, le sugirió que podría hacer alguna inversión. Las risotadas de Cuca no le dejaron dudas, se lo iba a gastar rapidísimo. Del otro lado de la ventana, montones de mariposas golpeteaban contra el vidrio.